Savitrí

Episodio del MAHABHÁRATA

Versión castellana del Dr. C. M. FREUNDLICH, profesor de lingüística en la Universidad Nacional de Córdoba (Rep. Argentina).

(Véanse las dos entregas anteriores)

Canto V

Ambos habían llenado la cesta con las frutas recolectadas,
y después partió leña el esposo de Savitrí. Entonces sintióse
bañado de sudor y el trabajo le hizo doler la cabeza;
y dijo, rendido por el cansancio, a la amante esposa:

«Siento ardor en el corazón y los miembros, mi buena.
»Enfermo estoy, no puedo pararme y dormir deseo».

Savitrí, entonces, se fué a su lado, acomodóse
en el suelo y colocó en su regazo la cabeza de su esposo.
Llegado había el momento, del que Narada en otro tiempo
hablara; esto reconoció la pobre, recordando la profecía.
Mientras miraba de su esposo a sus alrededores, notó
de repente a un hombre, en rojo vestido envuelto,
una diadema luciendo, de bella figura, como el sol brillante,
de un blanco negruzco, de roja mirada, y con un cordel en la mano.
Temor inspiraba el hombre. Entonces, suavemente colocó ella en el suelo
la cabeza del esposo, se levantó y dobló las manos
á fuer de súplica y dijo triste y el corazón temblando:

«Sobrenatural es tu figura: un Dios eres, por cierto;
»quién eres y lo que hacer intentas, dígnate decirme».

YAMA

A tu esposo eres fiel y a dura disciplina te sometiste;
respuesta, por ello, te doy.—Soy el Dios Yama, oh Savitrí.
El espacio de vida de Satyavant terminó; atarlo quiero
ahora y llevarlo conmigo: he aquí el objeto de mi venida.

SAVITRÍ

Se dice que tus mensajeros se encargan de llevarse a los hombres;
¿por qué, oh Santo, vienes tú mismo, a secuestrar al esposo?

Interpelado así por Savitrí, el Rey de los Padres, benevolente,
principió a explicarle minuciosamente su propósito:

«Bello es tu esposo, un mar de virtudes, cuplidor de sus obligaciones,
»demasiado bueno, para que mi gente lo busque; por esto, vengo yo mismo».

Y con la cuerda ató al alma sumisa Dios Yama [1],
y extrajo, la que tenía de tamaño una pulgada, del cuerpo,
yaciendo, entonces, allí, privado de vida y de soplo, la materia,
sin movimiento ni brillo; no ofrecía ya bello aspecto.
Yama llevó al atado consigo y dirigióse al sur.
Pero la excelente mujer, Savitrí, la fiel esposa,
la que había cumplido la promesa, siguió al monarca de los muertos.

YAMA

Vete, Savitrí, regresa. Del sepelio has de cuidarte.
Todo cumpliste fielmente, cuanto el deber de la esposa exige,
y hasta donde ir te está permitido, has caminado.

SAVITRÍ

Eterna es esta ley: Adonde sea conducido mi esposo,
o adonde él mismo vaya, allí también yo debo irme.
Disciplina, promesas, mi amor por esposo y padres,
tu clemencia también,—he aquí, lo que me autoriza a acompañarte.
De siete pasos llaman la amistad los sabios maestros [2];
escucha lo que, basándome en la amistad, decirte deseo:
no los incapaces son los que al bosque se trasladan,
para practicar, en medio de privaciones, la verdad y el deber.
Lo que por «deber» se comprende, se basa en profunda intuición;
con razón, los buenos consideran como lo más sagrado, el deber.
Abierto a todos está el camino que, según el juicio de los buenos,
constituye la única senda para el cumplimiento del deber.
Ninguna segunda se debe seguir, ninguna tercera:
lo más sagrado consideran los buenos el deber.

YAMA

Regresa ahora. Estoy contento contigo por esta sentencia,
que por su forma y contenido me parece agradable y exacta.
Un deseo pronuncia, mas que no sea la vida de tu esposo,
cualquier otro ha de cumplirse.

SAVITRÍ

De su reino fué expulsado mi suegro ciego,
el que vive ahora, disciplinándose, en la ermita;
devuelve a la luz los ojos del digno rey;
concédele el brillo del sol, oh clemente Dios.

YAMA

Todo cuanto me pediste, concederte quiero;
conforme formulaste el deseo, oh buena, él se cumplirá.
Pero yo veo que del camino estás exhausta y cansada;
vete, regresa ahora. Que el cansancio se aparte de ti.

SAVITRÍ

Cerca de Satyavant, ¿cómo sintiera yo hoy el cansancio?
¿No ando por senda segura donde permanece mi esposo?
Yo también voy por la senda, por la cual te llevas a ése.
Pero una vez más, escucha, oh Yama, de mí una sentencia:
juntarse alguna vez con buenos, es el deseo más grande;
si cumplióse este deseo, los buenos se llaman amigos.
Infructífero no queda tampoco el encuentro con los buenos;
con los buenos unida, por esto, hago mi vida.

YAMA

¡Cuánto alegra la mente, cuánto amplía el entendimiento del sensato,
lo que de decirme acabas acerca del poder de los buenos!
Pronuncia un segundo deseo todavía, Savitrí, oh buena;
pero tampoco ahora no puede ser la vida de Satyavant.

SAVITRÍ

Quitado le fué al sabio suegro el reino, en tiempos pasados;
has que, lo que perdió, recupere, señor;

(1) Véase al final la nota nº 25
(2) » » » » » » 26

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "